

# EDADES INCOMPRENDIDAS □□□□

George Little



# Capítulo 1

*EDADES INCOMPREDIDAS*

*Una novela corta de George Little*



Actualizado: Viernes 10 de Septiembre 2021



## *CAPÍTULO 1*

### *EL SEÑOR DARRELL*

*Londres, Inglaterra, 1903*

El señor Darrell era mucho más que un hombre agraciado..., era un hombre correcto y educado en cierta medida aceptable, influenciado por la nobleza de su corazón, la bondad, la compasión, y bendecido por la fortuna. Aunque sumamente serio cuando no se requería hablar, y que muchas veces cerraba las puertas de sus aposentos para distanciarse de todos, e incluso de su familia cuando no requerían de su atención para

algo importante.

Sin embargo, inquietaba su soltería a sus treinta y ocho años, cuestionada por su familia y algunos amigos cercanos.

"¿Cuándo logrará poder casarse para que sea un hombre completo como es debido y tener herederos a su fortuna y propiedades?"... era la pregunta controversial.

El ser humano sabe que no hay nada tan desesperante como la soledad con la necesidad de sentirse acompañado y hacer el amor en cuerpo y alma, sí, para aquellos que respetaban la ley de Dios y que lo hacían dentro del consagrado matrimonio, tal como se haría sin falta en el mundo del señor Darrell y su familia, que eran apegados a los buenos principios morales, ya que eran respetables feligreses devotos de la iglesia anglicana, la fe que ellos profesaban.

Pero su larga soltería no parecía inquietarle a él, no al menos ahora. Y era de sorprender a la vista de muchos que pareciera no estar desesperado en vista de la edad media tan elevada que tenía. Lo que parecía disfrutar más de su soledad, que, al aislarse de todos, le daba bastante tranquilidad y reposo tras días ajetreados de negocios.

Y el simple hecho de que el señor Darrell fuera un solterón e increíblemente casto a su edad, no se sentía tentado a lo inmoral, porque tenía un corazón virtuoso bajo el sello de una conciencia estable ante Dios. Nunca faltaba a todas las misas de cada domingo, y era demasiado dadivoso con las ofrendas, al igual que su notable generosidad por ayudar a los necesitados.

No obstante, estar rodeado de una sociedad londinense de mente torcida en la mayoría de las personas conocidas en su entorno, no le resultaba llanamente fácil. Sin embargo, se resistía a ser un hombre aventurero con pensamientos libidinosos. Nunca ha querido usar esas riquezas suyas con ventaja para artimañas seduciendo a mujeres hermosas; es por eso que se le conocía como un hombre intachable que no se rebaja, ni se degrada para sujetar a una bella mujer a los abusos de la depravación y del libertinaje, como algunos ricos engañosos y ávidos resultaban ser en secreto, pues se sabe que las riquezas suelen corromper fácilmente a los hombres.

Más bien, era todo un caballero que respetaba la dignidad de las mujeres como seres humanos, una acción que resultaba agradable para ellas, sintiéndose sumamente honradas; pero hasta ahora, ninguna dama había tocado a fondo su corazón, pues toda su vida solo giraba en atender sus extensos negocios que ocupaban casi todo su tiempo.

Pero un día, su vida daría un giro diferente y cambiaría su destino ante un inesperado suceso. Todo comenzó ante un día hermoso, lleno de sol resplandeciente, en pleno corazón de Inglaterra en la ciudad de Londres.

Esa espléndida mañana de abril en primavera, el señor Darrell se encontraba en una junta de uno de sus tantos negocios que tenía. Y en esa ocasión se había presentado como de costumbre, con una vestimenta elegante de manera impecable, y le acompañaban sus tres principales socios de la alta clase inglesa, y cuyos hombres conformaban una compañía familiar. El señor Darrell permanecía erguido frente al cristal de la amplia ventana, tomando una breve pausa con una copa de vino en su mano y su habitual cigarro en su mano derecha.

El distinguido hombre, con una mandíbula ancha, casi angular, que le daba un buen porte a su rostro... estaba en un hermoso edificio histórico, en la planta superior de una amplia estancia, en una de las calles prestigiosas de Londres en la zona de Westminster, donde se podía contemplar la privilegiada vista frente al edificio del Parlamento de Londres, junto a la torre del reloj; al igual que se podía apreciar el río norte de Támesis.

La expresión de sus ojos azules era sumamente tranquila, donde sobre su piel blanca, se apreciaba ligeras arrugas en los extremos de sus ojos. Aquella mirada lo hacían parecer un hombre desprovisto de cualquier preocupación, y con un negocio principal estable y exitoso que su envejecido padre lo había puesto a cargo muchos años atrás. Pero aquel sosiego en su espíritu, aquella tranquilidad que tenía, no le dudaría mucho, pues acabaría con la entrada de su fiel secretario para comunicarle algo urgente y serio.

—Señor, Darrell —dijo con aire lúgubre.

Su jefe se quitó el cigarro entre sus labios y le miró entrecerrando aquellos ojos azules brillantes, solo para mostrar su intriga, pues esta vez, el tono de su secretario parecía claramente muy serio de lo habitual.

—¿Sí? Dime —empezó diciendo con voz profunda a su cercano ayudante.

Su secretario dio unos pasos más hacía a él, haciendo notorio su baja estatura ante un hombre más alto.

—Señor..., solo que... necesito hablarle en privado —aclaró en voz baja su sirviente de mediana edad.

—¿En privado? —Sonó muy serio de repente.

—Esta vez... sí —enfaticó el secretario, con una noble pausa.

El señor Darrell dejó su copa de vino en la mesita, y apagó su cigarrillo en un cenicero. Y caminó unos pasos hacia adelante, siendo evidente su leve cojeo en su pierna derecha.

—Apreciables socios de familia, si me permiten, me ausentaré por un momento —les dijo a sus fieles colaboradores que tomaban sosegadamente una copa de champán entre sus charlas amenas—. Disfruten de la bebida y emparedados, en un rato estaré con ustedes para firmar los contratos pendientes.

Con ligeras sonrisas, sus socios asintieron con la cabeza.

Una vez dentro del compartimiento privado, hubo una mirada en los ojos de Gilbert que al señor Darrell no le gustó.

—¿Qué es lo que tienes que decirme con tanto misterio? Esta vez te noté muy serio; tú que siempre has sido tan ameno para decir las cosas al entrar, pero ahora no lo eres.

—Señor, Darrell... esta vez no le tengo buenas noticias. Es difícil decir que...

El rostro del señor Darrell permaneció inexpresivo ante aquel titubeo de su siervo para hablar.

—¿Qué cosa?, habla.

—Bueno, quería contarle que...—El secretario se distrajo, pues en el despacho aún se oían voces al otro lado de la puerta que cerraba la habitación por un lado; y se oía el ruido del tapón de una botella de champán que había sido expulsado con fuerza, seguido de unas carcajadas... todo aquello interrumpía el sonido de la conversación.

—Gilbert, mírame y habla de una vez por todas y acaba con este misterio —pidió su patrón con resonancia aguda.

El secretario sacudió un poco la cabeza y giró su rostro hacia la dirección de la voz que le habló.

—Bueno, como decía, contarle con toda la pena del mundo... que su padre

le... ha, ha... dado...

—¿Dado que cosa?

—Un infarto... señor — terminó diciendo—. Él ahora está muy grave; casi moribundo; apenas puede respirar.

El rostro del señor Darrell se nubló por un momento.

—¿Qué dices...? Mi padre..., ¿está muy grave? —repitió sorprendido.

—Lamentablemente, sí. —Acto seguido, el siervo agachó ligeramente la cabeza con su sombrero de copa en la mano por la profunda pena.

El señor Darrell arqueó las cejas en señal de desconcierto.

—¿A qué hora sucedió el incidente? —preguntó.

El secretario elevó la cabeza y le miró. Inmediatamente sacó su reloj de bolsillo para ver la hora.

—Hace aproximadamente cincuenta minutos.

El señor Darrell echó un vistazo al reloj de pared del despacho ubicado detrás de su secretario. Se quedó en silencio durante un momento y luego pareció llegar a una conclusión.

—Tendré que ir allá lo más pronto posible. Llama a mi hermana y dile que estaré allí antes del oscurecer de este día. Y atiende bien tu deber durante mi ausencia.

—Bien, lo haré como siempre, señor. —Y enseguida el secretario se retiró.

El señor Darrell, al presentarse de nuevo con rostro inexpresivo ante sus cercanos primos que compartían con una de sus tantas empresas, informó:

—Mala noticia... mi padre está en un estado grave. Tendré que salir ahora mismo y tomar el tren de la 12 pm para encontrarme con mi familia en la casa de campo.

Todos le miraron serios y algo sorprendidos.

—¿De verdad? Oh, cuanto lo siento, primo —dijo uno de ellos. Y el resto expresaron sus preocupaciones por su apreciable tío; querían saber lo que le había sucedido y en que podían ayudarlo.

—Tengo que irme ahora —dijo el señor Darrell poco tiempo después de darles una breve explicación y que se ocuparía personalmente del asunto.

—Primo Darrell, creo que los mercaderes no querrán esperar mucho con sus mercancías abordo de sus barcos. Deberíamos enviar estos contratos firmados con los agentes lo más pronto posible y depositar las mercancías a las bodegas del muelle —dijo un primo pelirrojo de pelo rizado y pecoso

—Ustedes hagan lo conveniente con los contratos con los mercaderes. Solo les firmaré los papeles a lo que me corresponda a este negocio.

Dicho aquello, uno de ellos trajo su portafolio y sacó un par de documentos y los puso sobre la mesa con un lapicero para que su principal socio pudiera firmarlos.

El señor Darrell firmó inmediatamente aquellos papeles de compra de mercancías; luego tomó su bastón de color escarlata, adornado en la punta con un revestimiento reluciente de plata y una cabeza de un águila.

Al poco rato, el hombre ya salía del majestuoso edificio, y caminó sosteniéndose en el bastón hacia el carruaje negro; y su chófer le abrió la portezuela, atento a sus palabras. Su jefe le dijo que lo llevara a su casa antes de dirigirlo a la estación del tren, para tomar uno que lo llevara rumbo al condado de Oxfordshire hacia el sudeste de Inglaterra. Poco después, el coche negro ya daba marcha sobre una de las calles principales de Londres.

Publicado en ME GUSTA ESCRIBIR el miércoles 15 de Julio 2020.

Aviso del Autor para el lector: Si te ha gustado esta novela, no olvides aplaudir esta novela para contar con tu apoyo y conocer tu perfil; y si puedes agregar un comentario de tu impresión, será de mucho estímulo

para mí: También acepto sugerencias de corrección. Muchas gracias.

Atte. George Little.

## Capítulo 2



## CAPÍTULO 2

### EL PEQUEÑO KEVIN CUESTIONA SU SOLTERÍA

Cuando el carruaje llegó a su destino, en una de las zonas más exclusivas de la capital británica, en South Kensington..., el señor Darrell precipitó sus pasos hacia a su amplia habitación, empezando por sacar suficiente ropa de su amplio closet, acomodándolo en un par de maletas de cuero colocadas sobre la inmensa cama con corcel.

Dos de sus atentos sirvientes: Ronan y Nora, una pareja bastante joven..., habían entrado para ayudarlo con las pesadas maletas y subirlo de inmediato al carruaje negro.

En aquella majestuosa casa, vivía un pequeño de nombre Kevin; apenas de escasos seis años, quien era hijo único de Nora, la joven sirvienta. El curioso niño había entrado a la habitación del señor Darrell con la cabeza bien alta y con la espalda recta; y examinó con interés desmedido lo que hacía el señor de la casa. El hombre metía en una maleta chica: una botella de vino tinto, una copa metálica cubierta de oro, y una caja fina de plata con cigarros, así como un libro; y finalmente lo cerró. Entonces el niño adelantó unos pasos hacia a él, estirando su delgado brazo para sujetar con su mano la maleta de cuero.

—Señor Darrell, será un honor poder ayudarle con la maleta. Es chica; no tiene mucho peso; creo que podré con ella. Cuando sea grande quiero ser como mi padre, un buen mayordomo; puedo empezar aprender desde ahora. No lo defraudaré.

El señor Darrell, con delicadeza, apartó del niño la maleta, algo sorprendido.

—¿Eso crees tú? ¿Qué serás un buen sirviente que trabaje para mí cuando sea un anciano? —le dijo él al mirarlo fijamente.

—Creceré muy rápido, señor Darrell, antes que usted sea mucho más viejo que ahora.

—¿Tan viejo te parezco? —dijo, y pausó—. ¿Sabes lo que creo? Creo que eres muy inteligente; sin duda serás más que un simple sirviente. Pues mereces una carrera importante para ser grande como yo..., así podrás

ganar más dinero que un trabajo pesado de cual no te dará mucho.

El niño abrió mucho sus ojos traslúcidos; el señor de la casa adelantó unos pasos para tomar su bastón.

—¿De verdad lo cree, señor Darrell? Eso sería mucho mejor, porque podría viajar por el mundo igual que usted, ¿cierto? —dijo animadamente el atrevido niño, siguiéndole.

—Ya verás que sí —le dijo el señor Darrell.

—¿Y a dónde va con tanta prisa? —le preguntó el curioso niño cuando el señor Darrell cruzó la puerta de su amplia habitación.

—A la casa de campo donde viven mis padres, cerca de Oxford —respondió él al mirarle por un instante.

—¿Cuándo regresará? —preguntó Kevin al seguirle por el amplio pasillo.

—Aún no lo sé. Pero tan pronto atienda un asunto urgente de familia, regresaré. Cuida muy bien de esta casa junto a tus padres, y diviértete con mucho cuidado.

—Lo haré señor Darrell.

—Entonces me despido, pronto regresaré —le dijo el señor de la casa al detenerse al borde de las escaleras para mirarlo con atención; y le puso su mano sobre la cabeza del niño en un gesto de cariño.

—Buen viaje, señor Darrell.

Cuando el señor Darrell bajo varios escaños, oyó decir al niño que estaba al borde de las escaleras:

—¿Será posible que regrese con una novia? Eso sería genial para usted, ¿no lo cree?

—¿Qué cosa has dicho? —dijo el señor Darrell al detener sus pasos cuando giró su rostro para ver al pequeño que lo observaba atentamente; estaba algo sorprendido por aquella pregunta inusual en un niño con temprana edad.

El muchachito prosiguió diciendo sin la delicadeza de un adulto:

—Se está haciendo más viejo cada vez; día tras día. ¿No acostumbra usted a verse en el espejo para darse cuenta de eso? Es hora que le dé un

nuevo giro a su vida.

—¿Que tiene que ver con mi edad y el que no tenga una novia?

—preguntó él algo serio por la franqueza excesiva del niño.

—No pierda más el tiempo, conozca a una mujer que lo merezca. Dese cuenta que el tiempo pasa muy rápido, y usted necesita una buena esposa para que ya no esté solo en su habitación. Nunca le he conocido una novia en esta casa —le dijo el muchachito sin inmutarse.

—Eso ahora no me interesa; no es tan importante para mí porque tengo muchas otras cosas que hacer —le respondió el distinguido hombre.

—Mire usted a mi padre..., él nunca ha estado solo, mamá cuida muy bien de él y lo ama. Créame que usted necesitará una bella mujer que cuide de usted, para cuando usted esté demasiado viejo y enfermo, pueda contar con su ayuda —continuó diciendo el niño en un tono muy serio como la de un adulto.

—¿Ese es todo el asunto sobre mi edad? —Entonces hizo una noble pausa, y luego prosiguió—: Creo que no la necesito por ahora, tengo a mucha gente a mi alrededor que puede cuidar muy bien de mí, si es que llego a necesitarlo algún día..., como el caso de estar muy enfermo —dijo el señor Darrell con esa seriedad que lo caracterizaba siempre—. Pero aún sigo siendo un hombre muy sano.

—No solo es eso, señor Darrell... todos los hombres no pueden vivir solos sin un amor; así no pueden ser completamente felices en la vida. Además de que el dinero no sirve de mucho sino lo comparte con el amor de su vida. Podrían vivir muchas aventuras en el mundo y ver la vida con más color.

—¿Eso crees tú...? —Y se quedó pensando un par de segundos—. ¿De casualidad lees muchas novelas? —le preguntó él llevado por la curiosidad ante un niño parlanchín que le parecía muy perspicaz.

—¿Novelas...? ¿Puedo saber que clase de novelas? —preguntó.

—Novelas sobre el amor o el romance, sentimientos cuando uno se enamora o quiere a alguien, eso.

—¡No, claro que no! Solo leo historia, matemáticas, botánica y otros temas que me ayudarán a ser sabio como lo es precisamente usted, señor.

—Es que me sorprendiste con todo lo que me dices sobre la clase de amor que necesito. Piensas como un adulto a tu corta edad... No obstante agradezco tu consejo, pero no me hace falta una mujer en mi vida para

ser feliz.

—Entonces no me escuche lo que le digo sino quiere, pero sería muy triste que usted muriera algún día solo —dijo el niño, sosteniendo esa seriedad en su voz.

El señor Darrell se preguntaba cómo es que un niño como él podía ser tan observador con cosas de adultos. ¿Cómo era posible eso... un niño tan suspicaz a tan corta edad? Pareciera estar al tanto de todas las cosas que suceden en el mundo y con esa mirada que aparentaba verlo todo.

Poco tiempo después, el señor Darrell ya subía al coche negro; pero no quería irse sin preguntar algo a su atenta sirvienta.

—Señora Nora, acérquese, por favor, que tengo algo que decirle.

—Sí, señor. —Ella se acercó—. ¿Le hace falta alguna otra cosa?

—No, no me hace falta nada. Solo una simple pregunta: ¿cuántos años tiene exactamente su hijo? —preguntó él con seriedad.

—Kevin tiene seis años y siete meses, y media semana, señor —dijo ella extrañada por la pregunta—. ¿Le ha causado algún problema, señor? Si es así le pido una sincera disculpa, mi hijo es muy extrovertido.

—No es eso. Solo que tu hijo es un niño muy sagaz. Y mira que cada día me sorprende con las cosas que me dice.

—¿Qué cosas dice mi pequeño para sorprenderle tanto? —preguntó la madre del niño, algo intrigada.

—No es necesario responderle a esa pregunta. Solo decirte que tienes un buen hijo; de seguro será alguien importante en la vida si le das la debida educación. Aunque sé con certeza que estás haciendo una labor encomiable por tu pequeño. Ese niño me cae muy bien, cuídalo mucho.

Las cejas de Nora se alzaron sorprendidas.

—Ya me había asustado, señor; temí por mi empleo y la de mi esposo. No sabe el gran cariño que le tenemos a usted, pues nos ha recibido en su gran casa desde que tuve a mi pequeño en mi vientre, y nos ha apoyado mucho desde entonces a su nacimiento. En verdad somos afortunados de trabajar con usted, señor Darrell —dijo Nora con tono agradecido.

—Para mí es un gusto tenerlos en casa..., es mi deber moral ayudarlos; además, son mis amigos y buenos trabajadores; disfruto de su compañía. Siempre cuidaré de ustedes mientras viva. Cuídense ambos en mí

ausencia, tienen un maravilloso niño.

—Lo sé —dijo con orgullo la madre del pequeño—. También es un niño intrépido explorador.

—Me alegro; nunca le había prestado atención al niño como ahora; me sorprende mucho más. Bien... Regresaré tan pronto como pueda.

—Buen viaje en el tren, señor Darrell; deseo que su padre se recupere pronto —dijo la sirvienta, cuando su esposo se acercó para cerrar la portezuela del coche con delicadeza.

Acto seguido, el sirviente dio un beso cariñoso en la frente a su querida mujer e inmediatamente subió al lado del cochero para ayudar con las maletas en la estación de tren que se encontraba cerca del lugar.

El pequeño Kevin corrió hacía la ventana del tercer piso, y tomó una silla y la colocó cerca de la pared, y subió sobre ella para despedir a su padre y al señor Darrell.

Ante un entorno verde que rodeaba en parte la gran residencia, el coche negro ya daba su marcha; el señor Darrell elevó su cabeza al ver al niño asomarse por la ventana, saludando a su padre; luego el niño le miró, y lo despedía agitando sus delgados brazos. Y él, extendió su mano y la agitó con ligereza, despidiéndose del pequeño Kevin con una leve sonrisa en sus labios.

Poco tiempo después, el señor Darrell ya estaba en su asiento de primera clase pegado a la ventanilla, con la pequeña maleta en sus piernas, y un portafolio café claro a un lado. Observó al joven sirviente que lo despedía, agitando su mano; él hizo una ligera inclinación de la cabeza en señal de despedida.

Ahora con un fuerte empuje, el tren tiró de los vagones, y el gran silbato de vapor sonó, soltando un humo gris que envolvió momentáneamente todo lo que estaba fuera de la ventana. El tren de vapor ya daba marcha hacia adelante, cobrando cada vez más fuerza sobre los rieles, alejándose cada vez más de la estación de Londres que estaba atestada de gente.

Durante un buen tramo del camino, con la marcha rápida del tren con las ruidosas ruedas sobre los rieles, Darrell visualizó por la ventana el hermoso paisaje de campos verdes, mientras bebía el último trago de vino en la copa. En seguida, abrió la pequeña maleta y guardó la copa en su lugar y se puso sus anteojos. Entonces sacó su grueso libro para leerlo. Tenía que matar el tiempo con lectura para no sentir el largo viaje de casi dos horas para llegar a su destino, sin imaginar que su vida daría un giro

nuevo a sus pensamientos al llegar.

